

Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX

Stéphane Michonneau

Université de Poitiers

El tema plantea la posibilidad de considerar la memoria como objeto histórico. Pretende estudiar el proceso político y social que conduce a la sociedad barcelonesa, o más bien a parte de ella, a intentar construir una memoria que se supone colectiva al final del siglo XIX.

Tal vez sería útil recordar los principios y las definiciones básicas que sostienen este trabajo y referirse a los que trataron del tema en la historiografía española contemporánea. Al principio, la perspectiva se inspiraba en la obra dirigida por Pierre Nora en sus *Lugares de memoria*, publicada en Francia a partir del año 1985 ¹. Nora definió la memoria como «*instrumentalización política del pasado en el presente*». La definición insistía en el proceso de proyección retrospectiva hacia el pasado que sirve para legitimar el presente: «*el acto de memoria sólo tiene sentido en el contexto del momento donde se halla enunciado*» ². Definía entonces el lugar de memoria como el lugar de elaboración de la memoria, o bien lugares simbólicos (banderas, himnos, símbolos de la patria o de la comunidad, y podríamos añadir, el Barça) o bien lugares en concreto (monumentos conmemorativos, museos y edificios patrimoniales -monasterio de Ripoll o Poblet-, sitios naturales -el Canigó, Montserrat-, etc.).

¹ Pierre NORA (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Callimard, J, *La République*, 1984, 674 pp., II, *La Nation*, 3 vols., 1986, 610, 622 Y 65 pp., III, *Les Français*, 3 vols., 1993, 988, 988 Y 1034 pp.

² Pierre NORA, «L'aventure des Lieux de mémoire», en *Bulletin d'Information de l'Association des historiens contemporanéistes*, octubre 1994, pp. 7-14.

Se desencadenó luego en Francia una polémica sobre lo que se tenía que entender por memoria. Unos autores consideraban la memoria de manera clásica como huella y peso del pasado sobre el presente. Para ellos la memoria era un elemento preexistente a su revelación en el presente. La memoria se parece a un peso ejercido por el pasado sobre el presente que deja una huella proporcionada a la importancia del personaje o del acontecimiento recordado. Según esta concepción, la razón última de la memoria es la historia. El lugar de memoria se convierte en el portavoz de una memoria ya existente. Es el lugar de manifestación de la voz del pasado, a veces restituído, a veces retenido.

A lo largo de esta década, la primera concepción, la de Pierre Nora, se ha impuesto. Así lo entendieron Jos pocos historiadores españoles que, desde el principio, se interesaron por el tema. Los trabajos de un equipo dirigido por Josefina Cuesta en Salamanca, por ejemplo, dieron lugar a un libro vanguardista sobre los lugares de memoria de la guerra civil en Castilla³. En Cataluña, Ricardo Carcía Carcel planteó por primera vez este debate y Enric Ucelay da Cal prestó siempre mucha atención a estos fenómenos⁴. Por eso mi enfoque estudia la memoria como uso político del pasado en el presente, reflejando por supuesto las grandes fracturas de la vida política española.

El contacto con la historiografía española del nacionalismo, riquísima en Cataluña, me ofreció una nueva oportunidad: en esta perspectiva, la memoria aparecía también como el proceso social e histórico de producción de una supuesta memoria colectiva, o sea, un proceso de objetivación del pasado en memoria, en hecho diferencial de identidad que pretende delimitar el conjunto de la comunidad imaginaria.

La expresión *políticas de memoria* no sólo hace referencia a la producción de un discurso sobre el pasado del grupo catalán, sino

³ Julio AROSTEGUI (dir.), «Los lugares de memoria de la guerra civil en un centro de poder: Salamanca, 1936-1939», en *Historia y memoria de la guerra civil*, Valladolid, 24 y 25 de septiembre de 1986, 3 vols., 469, 552, 482 pp. Josefina CUESTA, «Para un análisis regional de la guerra civil en Castilla y León», en *Anales de la Universidad de Alicante*, Alicante, 1986-1987, pp. 9-22.

⁴ Ricardo GARCÍA CARCEL, «De la memoria personal a la memoria colectiva: algunas reflexiones», en *Memoria/memorias en el siglo XX, Hispanística XX*, núm. 20, Centre d'Études de Recherches hispaniques du XX^e siècle, Université de Bourgogne, 1993, pp. 3-13. Enric UCELAY DA CAL, «La guerre civile espagnole et la propagande franco-beige de la première guerre mondiale», en *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Colloque La Roche S/YOLL, noviembre 1994, pp. 77-91.

también, y de manera inseparable, a su puesta en práctica en la sociedad con la conmemoración. Las políticas de memoria revelan una doble cara: por una parte, son una palabra de autoridad que hace existir a la nación. Por otra parte, son una realización concreta que permite la incorporación de la idea de nación en el cuerpo social y en el espacio de la ciudad. Resulta obvio que no se pueden estudiar las políticas de memoria sin estudiar sus raíces sociales. Así, la historia social de la memoria conecta otra vez más con los planteamientos bien conocidos de la escuela de los *Annales*.

Está claro que las políticas de memoria no designan un programa preconcebido de manipulación consciente de las memorias individuales por parte de un grupo dirigente, que se esforzaría por imponer una visión determinada del pasado con los instrumentos privilegiados que son los nombres de calles o los monumentos conmemorativos. En efecto, por una parte, el Estado español no tenía, de manera constante y regular en el tiempo, la voluntad o siquiera la capacidad para imponer a los barceloneses una memoria *prêt-à-porter*. En el caso de que se pueda reconocer tal programa, no hubiera podido desarrollarse sin contar, por lo menos, con un apoyo firme de una parte de la sociedad local. De todas maneras, el silencio de las fuentes estatales con respecto a temas de memoria es mucho más destacable que su supuesta intervención autoritaria. Las políticas de memoria están en juego principalmente entre barceloneses.

Por otra parte, la población barcelonesa no presenta un frente unido en sus sentimientos y sus aspiraciones, ni está dotada por esencia de una memoria colectiva que le permita responder a los ataques del Estado central en un gesto heroico de defensa propia. Las fuentes tampoco van en este sentido. La sociedad conmemorante que se atribuye la gestión del recuerdo en Barcelona no se confunde con el conjunto de la sociedad. Su voluntad de hacer adoptar por el cuerpo social sus propios recuerdos se enfrenta a resistencias.

Así, las políticas de memoria describen la delimitación de un pasado por y dentro del conflicto político. No cabe duda que el pasado de Cataluña se puede considerar como una realidad objetiva que hace de los catalanes un grupo humano diferente de los demás. El hecho importante para un historiador de la memoria no es tomar en cuenta estas diferencias objetivas, no es inventariar los rasgos de un pasado que se supone «diferenciador» porque es diferente. El objetivo es más bien entender cómo se opera la producción simbólica de esta diferencia

reconocida como tal por la sociedad, incorporada a una historia particular y practicada gracias a rituales conmemorativos mutuamente comprensibles por todos los miembros de la comunidad. Este trabajo social de memoria supone necesariamente el trabajo social del olvido: el olvido no es una ausencia de memoria, una no-memoria, sino «una memoria al revés», una deconstrucción de la memoria inseparable del recuerdo, como el haz y el envés de una misma cuestión.

1. Política de memoria liberal provincialista en Barcelona al final del siglo XIX

Después de estos planteamientos generales, quisiera describir rápidamente lo que llamo la política de memoria liberal provincialista vigente en la Barcelona de final de siglo XIX. Lo haré en dos partes:

En una primera parte trataré de describir la aparición de la preocupación por la memoria dentro de la sociedad catalana de los años 1860 y la producción de un discurso muy coherente sobre el pasado. Como si fueran conscientes de la debilidad estructural de la identificación nacional de los españoles al Estado liberal, las elites barcelonesas intentan promover las bases de un consenso nacional diferente que podría estabilizar la vida política y social española. La ideología política liberal y provincialista que les inspira pretende subrayar el papel prioritario de Cataluña en el proceso de construcción de un Estado-nación español. Se puede demostrar la coherencia de este discurso sobre España a través de los ejemplos de la toponimia urbana y los monumentos conmemorativos edificados en Barcelona.

Las transformaciones urbanas de Barcelona cambian la manera de referirse al pasado de los barceloneses. Durante largos siglos, la configuración de la ciudad había evolucionado lentamente y esta continuidad física diseñó una imagen relativamente estable de la ciudad. El pasado estaba presente directamente porque no existía todavía la conciencia de una ruptura definitiva con él. Cuando las cosas existen desde tiempo inmemorial, no es preciso recordarlas. La preocupación por la memoria y por la identidad sólo aparece cuando la sociedad experimenta tal mutación que el pasado le parece lejano y definitivamente muerto. Únicamente en estas condiciones surge la voluntad de resucitar lo que ha desaparecido para siempre.

Está claro que Barcelona experimenta una transformación inédita entre 1830 y 1860. Se multiplican las operaciones puntuales de urba-

nismo: plaza Sant Jaume, plaza Real, plaza del duque de Medinaceli, llano del Palau, etc. Las elites proyectan en el tejido antiguo sus valores y nuevas formas de urbanidad, considerando la ciudad como el decorado de su nueva actuación social. Barcelona es el instrumento del orgullo cívico, la expresión más aparente de la modernización en marcha. Cuando las calles se convierten en páginas blancas para promover un nuevo orden político y social, entonces tiene sentido el hecho de denominarlas para relatar una historia que convenga a las elites.

Los años sesenta simbolizan el momento específico en que pasamos de una concepción estable de la identidad urbana a una concepción dinámica. Barcelona conquista su llanura proyectándose en este espacio, y se proyecta también en el futuro. Barcelona descubre el valor de un futuro imprevisible, que se puede forjar, interrumpiendo el diálogo tranquilo que tenía con su pasado. La irrupción del futuro, el nacimiento de un futuro lleno de promesas y de enriquecimiento es contemporánea a la de un pasado «revisitado». Ahora que los vínculos con el pasado se aflojan, éste se hace más duradero, más denso. Se exige que refleje la imagen de la estabilidad perdida. En este momento preciso hay razones para referirse constantemente al pasado, para convertirlo en tradición, para conmemorarlo.

Ésta es la tarea de Víctor Balaguer. Como ya es conocido, el autor convierte las calles del Ensanche de Barcelona en el relato de una historia liberal provincialista. Su obra pertenece a la serie de ensayos que pretenden sintetizar una historia nacional española. Incluso en Cataluña hay autores que lo intentan como Pujades, Antoni de Bofarull y Joan Cortada.

En el libro de Balaguer, *Las calles de Barcelona* (1863), se pueden destacar las constantes referencias al recuerdo, características de su actitud a medio camino entre la historia erudita y la ficción literaria. Balaguer pretende relatar «leyendas histórico-fantásticas», «composiciones histórico-poéticas» que consagran la consolidación de un género literario mixto entre literatura e historia. Es de notar que V. Balaguer se presenta no tanto como historiador que como cuentista, o sea, narrador de leyendas.

En una carta dirigida al Comité permanente del Ayuntamiento que le encargó la denominación de las calles del Ensanche, Balaguer pretende elaborar una obra «duradera, histórica y armoniosa», cuidando la coherencia ideológica interna del sistema de nombres. Por una parte, el autor hace una defensa violenta del patriotismo español cuyo origen

es la guerra de la Independencia. Por otra parte, identifica la historia de España con la del Estado-nación liberal que realiza los dos grandes principios de la historia del país que son la libertad y la unidad.

En primer lugar, toda la historia del Principado es la de la libertad. El amor a la libertad está profundamente arraigado en el carácter propio de los catalanes. Períodos de amplia libertad son épocas gloriosas. Ausencia de libertad significa para Cataluña su decadencia. Dice el autor: «*La historia de Cataluña es también, no hay que dudarlo, la historia de la libertad en España*»⁵.

En segundo lugar, Cataluña desempeña un papel primordial en la construcción de la unidad nacional, al igual que Castilla. Le inspira el modelo de una monarquía pactada representada por la Corona de Aragón. El pactismo expresa la concepción de una España plural o, mejor dicho, de una España de soberanía compartida donde la propuesta industrialista de las elites catalanas sería reconocida y asumida por el Estado.

¿En qué consiste, pues, la originalidad de la visión liberal provincialista defendida por Balaguer en el nomenclador barcelonés?

Comparte la gran mayoría de las concepciones de la historiografía de su época: 1) la historia de la península es la de su unificación; 2) el carácter nacional español se define por la soberanía territorial, el amor por la libertad, el triunfo de los valores individualistas, la defensa de la independencia. En este sentido, el catalán sólo es un español exagerado; 3) se identifica la nación con el Estado y el Estado con la monarquía. La defensa del código catalán comparte con sus enemigos una misma concepción del derecho como expresión superior del ser nacional. La historia de la Corona de Aragón es naturalmente la de sus reyes.

A pesar de estos puntos comunes, existen tres diferencias importantes entre un Balaguer y un Lafuente, por ejemplo:

1. Primero, la convicción de que la centralización del Estado ha desviado a España del río de su historia, reduciendo a nada el pacto: pacto entre dos coronas iguales, Castilla y Aragón, pacto entre dos monarcas, Isabel y Fernando. Del pacto proviene la libertad. Las instituciones medievales catalanas garantizaban su respeto.

2. Balaguer propone una cronología distinta: la dinastía de los Habsburgo, extranjera, aniquiló el verdadero principio de la historia

⁵ VÍCTOR BALAGUER, *Bellezas de la historia de Cataluña*, Barcelona, Salvador Manero, 1853, p. 3.

de España: la libertad. La época moderna es para él una larga decadencia, opinión notablemente diferente a la de sus contemporáneos que consideraban el Siglo de Oro como un apogeo.

El medievalismo de inspiración romántica que resulta de esta cronología es otra originalidad. Tal como dijo Josep Maria Fradera, este medievalismo no es un arma en contra del patriotismo español, no expresa el deseo frustrado de una separación de Cataluña del conjunto español, sino todo lo contrario, es la evocación de una Edad de Oro donde se supone que la clase dirigente catalana hubiera podido imponer su propia concepción del Estado, dominando de manera exclusiva un país que escapara a la lucha de clases generada por la revolución industrial. El medievalismo es la forma local de un patriotismo español ferviente.

3. El panteón liberal provincialista es imperialista, pero no por fe, sino por razones comerciales. El reino de la libertad coincide con el de las conquistas y de la prosperidad económica. Este imperio catalán tiene un carácter comercial acentuado: no es una reconquista en absoluto. No hay vínculo entre la Reconquista de los reinos medievales y la conquista de un imperio marítimo aragonés. El horizonte del imperialismo catalán es precapitalista, pero sumamente moderno. La filosofía del pacto político respetó las diferencias de sus componentes. Por eso no existen referencias a la conquista de América en el *Ensanche*.

La peculiaridad de la lectura de Balaguer consiste en valorar el papel de Cataluña en esta historia nacional: la historia de Cataluña no es una historia singular, sino un paradigma por excelencia de la historia de España. Balaguer reivindica la primacía de Cataluña en la construcción de un Estado-nación español. Así se debe entender la fórmula famosa según la cual el autor aspira a la españolización de Cataluña pero no a la castellanización de España. Yo diría más bien que trabaja por la catalanización de España.

Esta concepción balagueriana no sólo se desarrolla en el nuevo nomenclador barcelonés, sino también en el aparato monumental. Desde este punto de vista, el Sexenio no presenta una ruptura en el planteamiento general de las memorias.

El proyecto de un monumento a las glorias de la guerra de África en 1860 es el arquetipo del lenguaje del doble patriotismo. No sólo significa una adhesión total al Partido unionista de O'Donnell, sino también la aparición en la constelación de las memorias del mito del general Prim, último avatar del mito de Espartero. Por una parte, Prim

es el Príncipe forjador de un nuevo imperio español, verdadero instrumento de la venganza de la historia sobre la pérdida del imperio americano. Por otra parte, el discurso pronunciado en catalán por el general a los Voluntarios catalanes recuerda su arraigo provincial. El fervor patriótico de los barceloneses en 1860 se declina al nivel nacional y provincial. El sacrificio de los Voluntarios es la prueba del firme apoyo de Cataluña a la regeneración de un imperio español.

El reino de los liberales en Barcelona durante la década de los 80 corresponde a lo que se podría llamar una «fiebre de oro monumentalista». Aquí es perfectamente aplicable aquello que el historiador francés Maurice Agulhon ha calificado de «estatuomanía»⁶. Es la Edad de Oro de la política de memoria liberal provincialista que tiene varios contenidos:

1. La defensa del proteccionismo. Los monumentos dedicados a López y a Güell están claramente al servicio de la campaña proteccionista encabezada por las grandes asociaciones patronales de Barcelona. Sus programas iconográficos son la imagen de un comercio y una industria prósperos y protegidos. También en esta línea, el monumento al obispo Urquinaona. Aquí se afirma un fuerte vínculo entre el proyecto industrialista y el proyecto colonial al ser López y Güell indianos.

Estos dos primeros monumentos definen también un nuevo patriarcado entre la ciudadanía. Ilustran un intento de aristocratización de la sociedad catalana alrededor de las figuras paternalista de sus príncipes que son también mecenas (el poeta Verdaguer fue empleado por la compañía transatlántica que pertenecía a López). Güell y López son los nuevos Lorenzo de Medici de Barcelona.

2. La modernización de las elites barcelonesas pasa por la adopción de otros criterios de distinción que el mero dinero: el reconocimiento de la *Renaixença* como patrimonio cultural propio permite el encuentro improbable entre las elites del poder económico y las elites intelectuales, haciendo del catalán un idioma de alta cultura para un público refinado. El monumento a Carles Bonaventura Aribau en 1882 expresa exactamente este punto de encuentro: por un lado, se celebra al economista proteccionista y, por el otro, al supuesto «padre de la *Renaixença*».

Existe un culto alternativo al de Aribau con el monumento a Josep Anselm Clavé que puede ser considerado como la versión izquierdista

⁶ Maurice AGULHON, «La slaluo-mania el l'histoire», en *Ethnologie française*, 1976, pp. 145-172.

y popular del primero. La promoción de esta figura se debe al nuevo catalanismo de izquierda que nace alrededor de Valentí Almirall. Pero el monumento a Clavé nunca ha cuestionado el fondo liberal provincialista de su celebración. De todas maneras, aunque tenga este culto un posible contenido alternativo, el ayuntamiento cuida de canalizarlo incluyendo su celebración en el programa conmemorativo dedicado a Güell y a López.

3. Aunque hubiera perdido el contenido imperialista agresivo que tuvo al principio, el monumento a Prim ha conservado el favor de los círculos conservadores catalanes. Ahora se alega la cesión que hizo el general del parque de la Ciutadella a la ciudad de Barcelona para desarrollar el programa liberal provincialista. Pero Prim será parcialmente objeto de una lectura competente de la historia por parte de los republicanos que verán en el personaje el César de las libertades, el Prim revolucionario. Así se integra el mito de Prim en el de la Gloriosa. Al contrario, la lectura liberal provincialista privilegia la figura del soberano militar y conquistador: por eso es promovido por el mismo grupo de personas encargadas de levantar la estatua ecuestre de Jaime Primero, conquistador de Mallorca. De esta manera se define una concepción de lo soberano muy alejada de un planteamiento democrático.

4. En 1864 ha nacido la idea de un panteón de catalanes ilustres en Montserrat alrededor de la figura del general Manso. El mismo año, en Gerona, el gobernador civil se escandaliza en una carta del estado deplorable en el que se halla el mausoleo del general Álvarez de Castro, héroe del sitio contra los franceses. Esta carta marca el renacimiento del culto de principios de siglo a los héroes de la guerra de Independencia: en Barcelona pronto algunas asociaciones organizan de nuevo el culto a los héroes fusilados en junio de 1809.

En 1881, el conservador Coll y Pujol establece una relación entre los dos proyectos, o sea, el panteón de los catalanes ilustres y las tumbas de los mártires de la guerra de Independencia. Se escoge la iglesia de la Ciutadella como lugar de encuentro, convirtiendo un sitio de opresión en símbolo de glorificación de sus víctimas. Las dos primeras personalidades que se piensa agregar al conjunto de los mártires son Capmany y Aribau. Es interesante notar que se abandona rápidamente la idea de trasladar a Barcelona los cuerpos de los reyes de Ripoll y Poblet. La síntesis realizada por el panteón es típicamente liberal provincialista: los mártires de Barcelona subrayan el papel de Cataluña en la guerra de Independencia, primer acto de la construcción de la

naclOn liberal española mientras los artistas confirman el tono provincialista, haciendo de la *Renaixença* el punto de partida de una nueva Cataluña y posiblemente de una nueva España.

5. Por último, tenemos que completar la descripción con el monumento a Colón. Su inauguración durante la Exposición Universal de 1888 corona el programa conmemorativo liberal provincialista. Es el primer y más grande monumento dedicado a Colón en España. Es muy diferente en su esquema del monumento casi contemporáneo elevado en Huelva, y más aun del que se inaugurará en Madrid en 1892. En él se pueden comprobar todos los grandes temas del liberal provincialismo:

- el papel destacable de Cataluña en el proyecto de descubrimiento, simbolizado por las cuatro figuras catalanas situadas al pie de la columna que ayudaron a Colón a montar el viaje,

- la monarquía pactada (el monumento siempre representa a Isabel con Fernando, al contrario de los monumentos andaluces y madrileños), ilustrada por las estatuas de las cuatro regiones de España al pie de la columna, Cataluña y Aragón, por un lado, Castilla y León, por el otro,

- el relativo laicismo del proyecto (el monumento no contiene alusión a la religión, ninguna cruz, contrariamente al monumento de Huelva, coronado por una cruz monumental, y al monumento de Madrid, bajo la tutela de la Virgen),

- un imperialismo agresivo simbolizado por el dedo del mismo Colón, clara toma de posesión del mar Mediterráneo por Cataluña a pesar de la competencia de sus rivales italianos. El monumento reivindica el liderazgo de Barcelona sobre el Mare Nostrum. Una de las imágenes más frecuentemente repetida en el monumento es la de Colón recibido en Barcelona por los Reyes Católicos, eco evidente de la vuelta de los americanos enriquecidos en las colonias en época contemporánea. Barcelona es el puerto natural de las rutas del imperio español.

- Una confianza en los valores del individualismo representados por la historia de Colón que supo obtener lo imposible gracias a su paciencia y empeño. El héroe gigante de bronce, que mide más de 5 metros, ocupa un lugar adecuado al del triunfo de los valores individualistas de la burguesía.

- La defensa del industrialismo. Colón es la torre Eiffel de Barcelona: su construcción es el prodigio de una civilización técnica fascinada por las realizaciones gigantescas del genio industrial. Por eso

pensaron guardar el andamio del monumento para presentarlo en medio del Parque de la Exposición Universal.

En fin, el aparato monumental de los años 80 está resumido en el monumento a Colón, verdadero símbolo de una época y de una manera específica de concebir su pasado. La Exposición de 1888 no crea nada nuevo en este campo, sino que permite concentrar y sintetizar lo que se iba desarrollando décadas antes. La Exposición es el despliegue espectacular y lúdico que permite la difusión del mensaje liberal provincialista entre unas capas sociales todavía ignorantes.

Este programa es la prueba del misticismo nacional de las elites barcelonesas. El provincialismo propone un modelo alternativo para España. La invención de la memoria se integra perfectamente en un proyecto general de regeneración del país.

2. Nacimiento de la sociedad conmemorativa

Este ensayo pretende ahora describir el campo de las luchas políticas en torno al pasado, el terreno del juego conmemorativo, las reglas inconsistentes que se elaboran en el conflicto y la competencia, los instrumentos comunes de pensamiento del pasado y de organización social. Es ahí donde se encuentran las mutaciones lentas de una relación con el pasado, las variaciones imperceptibles del ámbito de lo que se conmemora. Cuatro preguntas estructuran el estudio de la sociedad conmemorativa del final del siglo XIX:

1. ¿Quiénes son los empresarios de la memoria? ¿Quiénes son los promotores de memoria que definen de manera legítima lo que vale la pena recordar y lo que hay que olvidar? ¿Cuáles son sus respectivas posiciones sociales?

Se puede reconocer el perfil de un experto en memoria cuya palabra es autoridad. El experto no es sólo el que se reconoce como tal, sino también el que se autoinstaura como especialista en estas cuestiones, el que se autoriza a sí mismo para hablar en nombre del grupo que pretende representar.

Estos promotores pueblan los numerosos comités, comisiones y grupos que se ocupan del asunto de la memoria. También son importantes los jurados artísticos, los firmantes de cualesquiera peticiones, los suscriptores para monumentos, etc. El estudio de la composición social de estos grupos permite diseñar una sociedad conmemorativa muy activa

aunque relativamente poco numerosa. Lo más importante es identificar a las «personalidades aglutinantes» que cristalizan la voluntad de memoria y la organizan, tal como Víctor Balaguer, por ejemplo.

Por lo tanto, los grupos conmemorativos son altamente volátiles, inestables, en constante recomposición. Esta extrema plasticidad va disminuyendo con el tiempo a medida que se profesionalizan los expertos y se convierten en directores de museos de Bellas Artes, críticos de arte en periódicos conocidos, funcionarios del servicio del plano de la ciudad, historiadores de la ciudad o de otras academias, etc. Tampoco fue tal la institucionalización para que se constituyera nunca una academia de la memoria o una sección administrativa definida. Siempre quedan grupos informales con prácticas comunes de uso del pasado.

Yo describiría el grupo conmemorante más bien como un sistema de interrelaciones dinámicas que no constituye un núcleo estable, sino una configuración social única, irrepetible y adaptada temporalmente para alcanzar un objetivo en concreto, la imposición de un nombre de calle o la erección de un monumento conmemorativo. Lo importante, desde luego, es analizar los mecanismos que presiden la determinación de la mejor configuración social posible para conseguir el objetivo. Se pueden considerar dos procesos mayores:

En primer lugar, hay un proceso de elección. La comisión monumental siempre reúne a los mejores representantes posibles para que sea eficaz la gestión del monumento. La presencia de tal o tal personalidad dentro del comité depende claramente de la posición dominante que ha adquirido en su campo específico de actividad. El experto se elige en el cruce de varios campos de actividad social: político, económico, artístico e intelectual. Al revés, la participación en un comité confiere a esa personalidad más prestigio aún, lo que le permite ganar una posición dominante. O sea que la actividad de memoria no es ni un lujo ni una pérdida de tiempo: participa en la constitución de la sociedad en campos de actividad estructurados y autónomos sin que, paradójicamente, la memoria constituya nunca un campo social por sí mismo. Todo pasa en definitiva como si diferentes grupos sociales en vías de estructuración —el mundo del arte, el mundo de los empresarios, el de los intelectuales *renaixentistes*, etc.— se proyectaran de vez en cuando en la actividad muy rentable de la memoria, sin que ésta consiguiera tomar cuerpo de manera estable. Es un fenómeno de reflexión/difracción característico de la historia social de las representaciones.

El segundo proceso importante es el de la participación. La publicidad del programa de memoria es la clave de su éxito y de su eficacia social. Hay estrategias precisas para obtener la adhesión de unos círculos sociales cada vez más anchos a partir del núcleo conmemorativo. He estudiado de manera detallada las peticiones y las suscripciones pro-monumentos. Su ritmo, que va aumentando con el siglo, refleja un verdadero protagonismo por parte de la población barcelonesa hasta convertirse en un fenómeno de masas en el siglo XX.

En el modelo elitista de la conmemoración importa sobre todo la posición del expelleo en su propio campo de actividad. En el modelo participativo lo importante es su poder agregativo, su capacidad de movilización de las masas. Está claro, sin embargo, que la dimensión representativa no se anula. Siempre queda intacta la dimensión elitista de la conmemoración, aunque se valore cada vez más la capacidad de movilización de las personalidades promotoras de memoria.

2. Segunda pregunta: ¿Cuál es el valor social de la conmemoración? El homenaje a los antepasados siempre se presenta como el pago de una deuda antigua: el monumento está concebido como el contradon de un sacrificio original. La deuda compromete a toda la sociedad para que cumpla *un deber de memoria*: ¿Qué significa esta obligación del recuerdo desde el punto de vista político y social?

Hay que analizarlo primero en el discurso. La sociedad, dicen los discursos, parece haber contraído una deuda con el pasado: el catalán de hoy siempre tiene deudas con el catalán de ayer. El promotor de memoria debe recordar esta deuda que sus contemporáneos ignoran, como si el olvido hiciera desaparecer la conciencia de la deuda por parte del deudor. El hecho de no reconocer la deuda original es una falta grave que se acompaña de sentimientos de vergüenza, remordimiento, mala conciencia. Al contrario, el pago de las deudas da alegría, tranquilidad y paz. Existe, pues, un deber imperativo de memoria, presentado como ejercicio saludable que honra a los pueblos.

¿Qué tienen que pagar con la misma moneda los catalanes de hoy? El sacrificio de sus antepasados, por supuesto. La metáfora del sacrificio se sitúa en el centro de esta economía simbólica que exige la erección de un monumento. El intercambio, a pesar de que derive de una lógica económica, no es mercantil: el sacrificio no exige un pago con intereses. Al no ser un préstamo, tampoco hay vencimiento. Siempre hay tiempo para pagar, aunque cuanto más retraso, más culpabilidad. La conmemoración es en definitiva una devolución imprescindible, aunque el

sacrificio original del antepasado tenga algo de impagable, de inapreciable. ¿Tiene el mismo valor el sacrificio de la vida y el monumento?

En definitiva, tenemos aquí una bolsa donde se intercambian valores imaginarios. La sociedad se piensa a sí misma como deudora de una deuda inventada; el catalán deudor sacrifica tiempo y dinero para pagar el sacrificio inventado del antepasado. Es lícito preguntarse ¿por qué una sociedad inventa tal engaño? O sea, ¿por qué establecer la creencia de un intercambio que sólo tiene sentido simbólico?, ¿por qué inculcar el sentimiento de deuda por el artificio de la memoria?

Permítaseme adelantar una primera respuesta. ¿Quién libera la sociedad de su deuda? La sociedad misma. La sociedad catalana ha inventado una deuda y se libera a sí misma de ella. El objetivo de la publicidad del acto conmemorativo, de las suscripciones, es también tomar por testigo la sociedad para que pueda reconocer la deuda como pagada. Eso significa que conmemorar siempre es enseñarse a los demás conmemorando, presentarse a sí mismo y a la sociedad como buen pagador, buen ciudadano. Es, pues, adquirir valor socialmente positivo: es tener crédito. El que pueda liberar a toda la sociedad de su deuda, organizando la conmemoración, adquiere el reconocimiento de todos. Y todos valoran el sacrificio de tiempo y de dinero que representa. Yo creo que la conmemoración da mucha ganancia, beneficio simbólico al celebrante.

Por el contrario, el público-testigo se considera desagradecido, lo cual tiene un valor social muy negativo. Reconocer que el celebrante libera de una deuda, agradecerle tal actuación es sentirse en deuda hacia él porque está cumpliendo un deber que no hemos cumplido nosotros. El que no participa en la conmemoración se instala en el papel del ingrato por excelencia, desestimado y dominado. Para liberarse de esta forma muy perversa de dominación social, que lo autodesigna como paria, la única solución posible es participar también en la conmemoración. Obedeciendo al deber de memoria social e históricamente construido, el prosélito no gana la protección de sus antepasados sino el respeto de sus contemporáneos, y así salda sus cuentas con el resto de la sociedad. En tales condiciones, ¿cómo se podría resistir al deber de memoria? En conclusión, la conmemoración es un sistema de dominación simbólico que permite jerarquizar a la sociedad de manera muy estricta entre celebrantes, público celebrando y el resto de la población.

3. Tercera pregunta: ¿Qué valor operativo tiene la conmemoración como rito social? La ceremonia del recuerdo propone al participante una experiencia emocional fuerte que concretiza un sentimiento de per-

tenencia a una comunidad. La conmemoración de final de siglo va desarrollando muchos recursos para movilizar los sentimientos, el *pathos*. La teatralidad de la ceremonia separa actores y público como si fuera un espectáculo de verdad. Se multiplican a menudo los desfiles históricos que reconstituyen el acontecimiento honrado. La cabalgata de Colón en 1888 propuso una experiencia directa y mimética del pasado que dio al espectador la ilusión de haber vivido algo excepcional y emocionante. También es importante subrayar el papel de las orquestas, de los coros, del decorado de las calles, de los gestos de elevación, del uso de banderas y colores y muchas otras técnicas de conmoción colectiva. La emoción constituye una experiencia concreta de convivencia, la prueba tangible de que existe la comunidad.

Es muy probable que la gestión de la emoción sirva para conjurar un riesgo de exceso social y desenfreno. El rito conmemorativo en el fondo es un gesto de orden. Comparando más de treinta ceremonias conmemorativas a lo largo de estos años, se ve claramente que no sólo las secuencias utilizadas durante los actos son muy limitadas (hay once en total), sino que su orden es muy regular (hay dos configuraciones básicas para organizar una ceremonia). Esa escasez de combinación demuestra el carácter riguroso del acto de memoria, al contrario del rico vocabulario festivo del siglo XIX. Igual conclusión se saca de los desfiles conmemorativos que proponen un modelo de organización muy estable y muy jerarquizado donde predomina la oposición de los sacerdotes de la ceremonia y de los representantes de la sociedad civil. El orden estricto de la procesión cívica refleja una visión jerarquizada de la sociedad.

Esto no significa, sin embargo, que la conmemoración sea tranquila. Todo lo contrario. Es momento de transgresión social, lleno de incidentes a veces graves, con heridos y muertos. Hay todo un vocabulario de la violencia simbólicamente expresada que permite poner en tela de juicio la ceremonia de orden: gritos, cantos, banderas prohibidas, gestos que expresan la falta de respeto para con las autoridades, grafitis en los monumentos, vandalismo en contra de las estatuas, etc. Por estos motivos el rito conmemorativo se esfuerza por limitar los desgastes de la aparición de la violencia, respetando un estrecho perímetro sagrado alrededor del monumento y ordenando el acceso al monumento como si fuera una reliquia. La ceremonia se convierte en un acto sagrado que da al celebrante un poder casi mágico, reforzando aun más su posición supuestamente intermediaria entre el antepasado y la sociedad

conmemorante. Estas estrategias de desorden simbólicas son de algún modo útiles porque canalizan la expresión política. La conmemoración puede permitir, tal como si fuera un carnaval, una inversión temporal del orden, pero nunca jamás permitiría que se expresara una contestación real por parte de la sociedad. Por eso los obreros nunca usaron de la conmemoración como modo de protesta social: los significados políticos de la huelga y de la conmemoración son opuestos.

El monumento es reliquia. Al final del siglo XIX tiene tanto valor estético como memorial. La monumentalidad de los monumentos que pueblan las calles de Barcelona expresa justamente el valor inmenso del recuerdo y el valor superior del objeto de arte. La monumentalidad, tan característica de los años ochenta, es un criterio muy criticado por los modernistas de la década de los noventa. Todo pasa como si el monumento urbano ganara más valor estético, tal como lo concebirá el noucentismo, perdiendo cada vez más su valor conmemorativo. El monumento deviene más objeto de arte que lugar de memoria. Cuando el monumento ya no es habitado por la memoria adquiere un valor exclusivamente testimonial y patrimonial. El monumento ya no es conmemorativo, sino histórico.

1. Cuarta pregunta: Maurice Halbwachs, el filósofo francés que murió en Buchenwald, destacó en su libro *Topografía legendaria de los Evangelios en Tierra Santa*⁷, la importancia de la inscripción de la memoria en el espacio. ¿Cuáles son las relaciones entre memoria y ciudad? ¿Se puede hacer la cartografía de la memoria proyectada en el espacio urbano?

Convirtiendo la historia en monumentos y nombres de calles, la memoria considera la ciudad como ámbito de representación del pasado. Es posible hacer la historia de la apropiación de la ciudad por los monumentos y de la constitución de un espacio simbólico homogeneizado.

El gran cambio del siglo XIX consiste en que el monumento se pone en marcha hasta formar una red de reliquias en el tejido urbano. La dinámica tiene sus puntos de partida que son los cementerios y los parques urbanos.

El cementerio donde yacen los cuerpos de las personalidades conmemorables es hogar natural de la memoria. Hay una transición sensible del monumento funerario, en el cementerio, al monumento conmemo-

⁷ Maurí(e) HALBWACHS, *La topographie légendaire des Évangiles*, París, PUF, 1991, 171 pp.

rativo, en la ciudad. El culto a Aribau empieza al trasladar la urna funeraria dentro de la capilla del cementerio y, luego, delante de este edificio, pero todavía en el espacio cerrado del cementerio. Sigue pronto una propuesta de traslado al panteón de catalanes ilustres y, a continuación, un nombre de calle. Al final, se levanta un monumento conmemorativo en el Parque, al lado del panteón.

Pero cementerio y ciudad son lugares muy distintos que no se confunden: en el siglo XIX no es imaginable erigir un monumento funerario en las calles, lo que significa que el traslado es más bien simbólico. Fuera del cementerio los monumentos pierden morbosidad y se convierten en monumentos de vida porque se supone que el trabajo social de memoria da nueva vida eterna al personaje honrado. Quedan, sin embargo, importantes vínculos entre ciudad y cementerio: hay unas figuras que son honradas por sus tumbas y no por sus monumentos. En tales casos, bastante raros, el cementerio desempeña el papel de refugio de contra-memorias que no tienen acceso a la ciudad.

El Parque es el conservatorio por excelencia de la memoria. El Parque de la Ciudadela de Barcelona es en sí mismo una pieza de memoria: memoria de una supuesta humillación, la del sitio de 1714. Montjuïc, más tarde, tendrá una función memorial muy parecida. Constituyendo estos espacios como lugares de vergüenza, puntos negros y tabúes en la ciudad, Barcelona se obliga a conquistarlos para neutralizar sus posibles cargas simbólicas, emplazando una multitud de monumentos conmemorativos y museos en sus recintos. Los parques se convierten así en espacios privilegiados de conservación de la memoria colectiva: por eso se quiso utilizar la iglesia de la Ciudadela como panteón.

La concentración de bustos y estatuas en el parque al final del siglo XIX responde a una doble finalidad: borrar con la vegetación el oprobio de piedras militares, edificando en la ciudad un decorado rural soñado, en sintonía con la ideología profundamente ruralista, para no decir antiindustrialista de la burguesía catalana. El segundo objetivo es sugerir, mediante la acumulación de bustos, relaciones entre ellos, o sea, relatar una historia de Cataluña paseando de busto en busto. El parque representa una página en blanco donde se escribe la historia de un pueblo, un espacio idealmente moldeable según las fantasías de las elites barcelonesas.

Otra cosa es el Ensanche, percibido como un espacio abierto y a la vez apremiante por ser escasos los cruces disponibles para monumentos. En los años ochenta, lo que se experimentó en los espacios

cerrados de los cementerios y parques se extiende al Ensanche. Ya es conocida la lógica topográfica desarrollada por Víctor Balaguer en el Ensanche: del centro hacia arriba son las instituciones medievales, los reinos de la Corona de Aragón, las tierras conquistadas del Mediodía francés y algunas capitales extranjeras. A partir del Paseo de Gracia son los personajes históricos mayores (libertadores), los grandes literatos y las batallas de la guerra de la Independencia y, por fin, las colonias medievales menores. Un equipo de investigadores catalanes ha mostrado que los monumentos de los años ochenta proponen un itinerario que rodea el centro histórico de la ciudad por la Rambla, la Gran Vía, el Salón de San Juan y el paseo Colón⁸. Se trata de un verdadero sitio simbólico del centro de poder que privilegia, en primer lugar, la fachada marítima como escaparate de Barcelona, en clara referencia al contenido imperialista del liberal-provincialismo. En esta época de la Exposición, el Ensanche es todavía un espacio por conquistar: ocuparlo será la tarea principal de la memoria catalanista a principios del siglo xx.

Así se dibuja un espacio simbólico homogeneizado que corresponde al espacio de representación de las elites. El estudio de más de treinta itinerarios de procesión cívica por la ciudad nos convence aun más de la existencia de fronteras mágicas dentro del espacio urbano que no se pueden salvar. Las procesiones cívicas siempre recorren el mismo espacio urbano, comprendido entre Ramblas y Salón de San Juan. Estas avenidas, verdaderas barreras simbólicas, ponen de relieve una ciudad de la memoria y, en negativo de ésta, una ciudad del olvido, del todo ignorada, nunca recorrida. Tras el espejo de la ciudad de memoria, construida como un decorado de teatro (recordemos que los arquitectos modernistas trabajan las fachadas sin profundidad), se extiende la ciudad del olvido: el barrio chino, los barrios obreros de Sant Martí. Esta oposición estructura la representación mental de la ciudad todavía hoy.

Finalmente, la política de memoria liberal provincialista «barce-ioniza» el espacio simbólico catalán, centralizando la provincia alrededor de su capital. Al alzar el mapa de los destinos y procedencia de donativos (participaciones de Barcelona en otros monumentos españoles y al revés, participaciones de municipios españoles en monumentos barceloneses) se comprueba un fuerte estrechamiento de las áreas de suscripción. Al mismo tiempo se ve claramente un fortalecimiento de los intercambios

⁸ Xavier FABRÉ [CARRERAS et alii, *Arquitectura i ciutat en l'exposició universal de Barcelona de 1888*, Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya, 1988, 251 pp.

internos dentro del espacio catalán al final del siglo XIX. Igual conclusión se sacaría del mapa de las delegaciones provinciales y estatales presentes en ceremonias barcelonesas (o al contrario, de delegaciones del Ayuntamiento de Barcelona para inauguraciones de monumentos no barceloneses): en la última década del siglo Cataluña se erige como espacio de memoria autónomo. Es cierto que la homogeneización de un espacio simbólico catalán polarizado construye Barcelona como *cap i casal* de Catalunya, en relación conflictiva con otros lugares de memoria con vocación unitaria, tales como Montserrat, el Canigó, El Bruc, Gerona.

Conclusión

En conclusión, la historia de la memoria en Barcelona es la historia del sistema social que produce memoria colectiva, la historia de una sociedad conmemorativa que conquista el resto del cuerpo social y que lo somete al ejercicio coercitivo del recuerdo. No se puede plantear una historia de la memoria que no sea historia social de su palabra.

Por tanto, las políticas de memoria no sólo han conquistado la sociedad sino que le han propuesto también un modelo de organización. Revelan un anaque general de puesta en orden de lo social, de jerarquización social, que Norbert Elias definiría como un sistema eficaz de autocoerción interiorizado de los cuerpos y de los espíritus ¹.

Creo que la historia de la memoria pone de relieve un intento de dominio social a través de lo simbólico por parte de unas elites preocupadas por la violencia social y política nacida de la revolución industrial. El fervor nacionalista español del grupo conmemorante a finales del siglo XIX, y luego su conversión a un nacionalismo catalán no menos ferviente a principios del siglo XX, refleja la historia de un consentimiento difícilmente obtenido para que toda la sociedad se conformara a una memoria colectiva que sólo fue la memoria de un grupo en particular. La exigencia de homogeneización que supone este esfuerzo era tanto más intensa cuanto que la sociedad catalana conocía un desfase estructural importante con el resto de España. Este desfase conducía, por consiguiente, a la busca de soluciones inéditas para problemas únicos: se pueden entender las políticas de memoria, justamente, como un invento moderno y particular de las burguesías catalanas para regular

¹ Norbert ELIAS, *Du temps*, Paris, Fayard, 1984, 223 pp.

una sociedad inestable y cimentar una sociedad dividida. Las políticas de memoria permitieron realizar en el campo simbólico de las referencias al pasado común lo que las elites eran incapaces de imponer en el campo social o político.

A su manera y a su ritmo, la sociedad barcelonesa ha conseguido producir un recuerdo colectivo que no sólo ha reforzado su creencia en un destino aparte, sino que la ha forjado efectivamente, o sea, prácticamente en una sociedad distinta del resto de España. A partir de 1860 lo que está en juego en la cuestión de la memoria en Barcelona es tanto una definición de la realidad como un modo original de regulación social: tal vez en esto último radica la diferencia «objetiva» del grupo catalán en España. ¿Existen en el resto de España las condiciones socioeconómicas para que aparezcan políticas de memoria? Estas hipótesis de trabajo y conclusiones parciales necesitan hoy confrontarse con las de otros investigadores españoles.